

¿Impertinencia del Psicoanálisis?*

PIO EDUARDO SANMIGUEL

Los hemos invitado esta noche a celebrar la instalación de un espacio para el Psicoanálisis, bajo la figura de una Escuela, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, lo cual es, en nuestra opinión, todo un acontecimiento.

Pensamos que lo es, no solamente en lo que concierne a la coronación de un esfuerzo de reflexión de más de una década. Reflexión que definiría ahora a manera de pregunta: ¿cuál puede ser el lugar del Psicoanálisis en la Universidad, habida cuenta del lugar que tenía, habida cuenta también de las particularidades de quienes hemos sostenido dicho esfuerzo (tanto en lo que concierne a nuestra formación anterior, de médicos o psicólogos, como a la particularidad de nuestro recorrido, aquel que nos hace en todo caso tan diferentes unos de otros), y habida cuenta sobre todo de por qué nos hemos visto llevados a sostener este esfuerzo. ¿En dónde nos apoyamos para perseverar en esta reflexión? Creo que se sustenta en un solo y único punto: la elección de ser psicoanalistas, elección que, así como ha abierto posibilidades, sobre todo ha cerrado otras. Ha hecho que algunos caminos ya no sean transitables y esos caminos han obligado al mismo tiempo a forjar otros a partir seguramente de un efecto de no pertenencia, de “no ha lugar”.

Queda sin explicar, por supuesto el que, una vez constatada dicha situación, no hubiésemos tomado las de Villadiego: salir huyendo para reconfortarnos en los espacios que la tradición señala a quien dice “soy psicoanalista y me instalo”, es decir, el diván y el consultorio.

Y sin pretender abordar mi asunto yendo en desmedro de dichos espacios (que en tan alta estima tenemos, por ser los que señalan, no que el Psicoanálisis desdeña toda institución, como querría a veces entenderse, sino que una sola institución le da su marco y posibilidades: la institución del lenguaje), queda que no podría yo

* Texto de la intervención del profesor Pio Eduardo Sanmiguel en el acto académico realizado con motivo de la apertura de la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, el 24 de abril de 2002, en el Edificio de Postgrados de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.

aducir desvergonzadamente ni no sé qué impalpable elemento personal según el cual “a éstos les gusta enseñar, transmitir o tener dolientes”, ni tampoco suponer que haya tras bambalinas el empeño o la ilusión de ver llegado el momento en que la Universidad absorba las tareas de transmisión y formación de los analistas.

El Psicoanálisis no pertenece a la Universidad, no solamente porque su historia señale orígenes diferentes, tampoco por no sé qué pretendida alineación de la universidad con el saber científico o rechazo a todo lo que de allí se aleje, sino porque justamente en esos dos aspectos, transmisión y formación, los separa un abismo que es estructural por encontrar su único resorte, no en el deseo formulado de dedicarse a la profesión de psicoanalista, sino en el sufrimiento insostenible que ha llevado a una persona a vivir en carne propia la experiencia de la clínica. En muchas ocasiones, la experiencia puede llevar a alguien a tropezarse con las razones que, desde mucho antes de emprender la travesía de su propia experiencia, lo predestinaban a enfocar su porvenir en el amplio campo de lo que en el transcurso de sus clases, desde el bachillerato seguramente, fue enmarcando en el vasto espacio que hoy se llama clínico, psiquiátrico, psicológico, etcétera. Puede también llevar a una persona a querer retomar este recorrido ubicándose en el lugar del psicoanalista.

Por no poder ser entonces prescrita como prerrequisito, esta experiencia señala el mojón de la partición que no solamente hace de ella imposible prerrequisito sino que disuelve la distancia entre ésta y la formación y la transmisión mismas. Ya sabemos los efectos de parálisis y más que de letargo de estancamiento y extravío que recayeron sobre los institutos y asociaciones psicoanalíticas que, encargadas de la formación de los analistas, transformaron la primera oposición entre formación e información en la de análisis personal y análisis didáctico.

Quedan sin explicar aún cómo, por qué y para qué, si lo pertinente al Psicoanálisis está afuera, se puede seguir sosteniendo un impertinente esfuerzo por abrir un espacio que es a la vez de reconocimiento de su particularidad y fuente de una posible palabra claramente distintiva en el marco de la institución universitaria.

Como ya se dijo, el acontecimiento que celebramos no consiste, de manera especial, en el cierre de una época de esfuerzos de más de diez años; tampoco exclusivamente en la realización y culminación de una propuesta concreta de retiro paulatino de la formación profesional de psicólogos, y de retiro además de la planta misma de profesores adscritos a ese Departamento. Ejercicio de concreción paulatina que pasó por reflexiones y también por acuerdos, por pasos, y de los cuales tal vez convenga resaltar únicamente el momento en que (una vez escriturado dicho retiro ante el Departamento de Psicología, pero mucho antes de recibir la aprobación definitiva por la Facul-

tad y las demás instancias que le siguieron) alguno de los aquí presentes nos espeta la clara condición de fragilidad de nuestra situación: “¡Ustedes no tienen dolientes!”, “¡No tienen quién los llore!”. Bien podríamos haber desaparecido entonces, sin haber dado lugar a nada diferente a una rapiña encarnizada y violenta por apoderarse de lo que, en últimas, representa cada uno de nosotros en el mercado de trabajo: una unidad de fuerza de trabajo sobre tiempo. Unidad de trabajo perdida, unidad de trabajo ganada, para éste o aquél... ¡En verdad se necesita de otros criterios para evaluar lo que está sucediendo con la creación de esta unidad diferenciada para el Psicoanálisis en la Universidad Nacional!

Quiero resaltar ese tiempo de evidente no ha lugar institucional durante el cual, aunque sería impropio decir que hicimos más, sí me parece que lo propuesto y lo realizado (que duró aproximadamente cuatro años, quiero decir, desde que en el 98 el Departamento de Psicología aprobara la separación de seis profesores de su planta docente para la creación de una unidad académica diferenciada para el Psicoanálisis) estuvo marcado por un apresuramiento propio únicamente de esos estados de impertinencia o de no ha lugar. Impertinencia que es y no es la misma que la que nos ocupa hoy, y de la que quisiera ocuparme en adelante para darle peso a este Acontecimiento, no a partir de un regodeo de lo hecho y de las formas, vueltas y revueltas que señalaron ese camino, sino a partir de una explicitación y formalización racional de lo que hace que esto haya sucedido, de sus condiciones de posibilidad y pertinencia o,

para

para traer a colación palabras de otro que me parecen de justísima aplicación aquí, “del tiempo y lugar de este ejercicio”. Lo demás, es una historia consignada en documentos cuya revisión permitirá probablemente a quienes en ellos se interesen, significar y resignificar los acontecimientos respecto a lo que hoy damos como razones de nuestro acto.

Dicho esto, no me queda más que pedirles que consideren todo lo anterior como una introducción, perifrasis que simplemente me ha permitido encontrar el punto en el que habré de intentar situar una anhelada pertinencia para mi intervención de esta noche.

La palabra “impertinencia”, se la he pedido prestada al profesor Mario Figueroa; no es la primera vez que tomo de sus ocurrencias algunos elementos. El inconsciente es impertinente. Aparece justo cuando no lo llaman, se dice justo cuando menos se lo requiere, no pertenece a la misma clase de aquello en lo que se ejercita lo consciente. Es impertinente y en ocasiones bastante molesto: el lapsus irrumpe perturbando el buen orden de la frase y el acto fallido desordena el comportamiento. También el chiste funda su efecto en dicha impertinencia.

Lo mismo podríamos decir del Psicoanálisis en el concierto de las ciencias humanas. Parece decir unas cosas impertinentes en realidad. Perturbador es, por ejemplo, estar refregando el origen sexual en que hallan fundamento las más preciadas producciones de la cultura, y de esa sexualidad su papel transgresor ya no escandaliza a nadie. Pero lo que el Psicoanálisis le adosa, que no hay inocencia del sujeto, que es responsable de su destino tanto como de su deseo, no

le hace gracia a una ideología de la ciencia para la cual lo subjetivo sólo puede entrar como error en la búsqueda de la causa. Y así, difícil resulta en muchas ocasiones entender cómo tiene que ver lo que el Psicoanálisis dice con lo que se discute, y con esa pretensión de estar diciendo la verdad sobre la verdad, no se presta, no se abre a que se lo entretaja con el hilo de lo que se está diciendo. La tan de moda interdisciplinarietàad no parece ser su fuerte y más bien resulta bogando a contracorriente por una interlocución en la que las diferencias no se disuelvan, lo cual, con toda razón, lleva generalmente a que se lo denuncie como rueda suelta en el engranaje de los procesos. Es, en el mejor de los casos, tolerado más que aceptado, reinterpretado antes que comprendido.

Asimismo, aún más impertinente resulta el Psicoanálisis en el movimiento actual de la sociedad, en el que la libertad del individuo se consigue a través de la supresión medicada del síntoma. En la promesa de su desaparición, el hombre sin conflicto, tiene por fin la vida en sus manos, la libre posibilidad de optar por ser dueño de su destino, pero entonces no sabe mucho qué hacer con esta libertad, lo cual lo sume en una pasajera o profunda depresión. Pero también ésta tiene su medicación posible y una explicación neuroquímica bien alejada de toda posibilidad de subjetivación.

Este es el hombre moderno, según Élisabeth Roudinesco, el que lucha contra el vacío de deseo pasando de tratamiento en tratamiento, ya sea en la serie que va de la medicina a la psicoterapia, el Psicoanálisis y las medicinas alternativas, el yagé u otras experiencias sensoriales, o también en la adhesión “a grupos, a colectivos, a comunidades, sin alcanzar a afirmar su verdadera *diferencia*”. “La sociedad democrática moderna -agrega- quiere borrar de su horizonte la realidad de la desgracia, de la muerte y de la violencia, buscando integrar, en un sistema único, las diferencias y las resistencias. En nombre de la globalización y del éxito económico, intentó abolir la idea del conflicto social. Del mismo modo tiende a criminalizar las revoluciones y a desheroizar la guerra a fin de sustituir la ética por la política, la sanción judicial por el juicio histórico. Así, pasó de la edad del enfrentamiento a la edad de la evitación, y del culto de la gloria a la revalorización de los cobardes.”

Pasa con esto como cuando queda uno sin poder responder cada vez que alguien le pregunta si es verdad que el Psicoanálisis está mandado a recoger, porque desde donde la pregunta se formula, cualquier intento de responder con la negativa es simplemente pesado e inoportuno. Sin embargo, quisiera uno responder oponiendo la subjetividad al individuo, y el deseo a la normatización. Pero esto tiene el mismo peso del decir de un loco zaratústreo, imagen del que va gritando por las calles anunciando no sé qué fatalista estado de cosas. O aún mejor, de los certeros vaticinios de una Casandra, la que provista del don de la predicción de los acontecimientos por

venir, fue al poco sentenciada por Apolo a ser escuchada como una disparatada, loca en últimas, insensata.

Dirán ustedes que exagero. Posiblemente. Porque entonces habría que explicar qué hacen ustedes aquí, en tan grande número. Y si no es acaso porque, como se dice, suponen, primero, que hay en el Psicoanálisis un saber, y luego, que lo pueden escuchar. Otro asunto sin explicar.

Las condiciones de posibilidad de este acontecimiento son, sin lugar a dudas, las condiciones de posibilidad del Psicoanálisis en Bogotá. Para entender esto bastará con preguntarse primero cuáles son las condiciones que hicieron posible el Psicoanálisis mismo. Y por supuesto, no quiero empezar por el surgimiento de la ciencia. En cambio, subrayo ante todo la necesidad de que exista y se haya claramente consolidado en lo social un movimiento de mujeres, un movimiento feminista que tome en sus manos la tarea de ser canalizador de la respuesta de las mujeres a las formas de dominación que subyugan, que someten o acallan su posibilidad de hablar.

Isabel, esa paciente de Freud de finales del XIX, no podía caminar, impedida como estaba por una parálisis con la que denunciaba, en la dolorosa encarnación de su síntoma: “así como me tratan, no camino más, no le jalo más”. Así como me tratan, es decir: en este mundo, en este grupo social. ¿Estoy acaso tratando de decir que le compete al Psicoanálisis ser el vocero de esa denuncia? Definitivamente no. Ese es asunto de las mujeres. Muy al contrario, el Psicoanálisis requirió de dicho movimiento para poder señalar “¡miren, el cuerpo habla, dice, denuncia!”, o sea, para que el cuerpo, y el de las mujeres particularmente, pudiese empezar a ser entendido de una manera totalmente nueva.

Pero en lo social la queja de la mujer es como el grito de Casandra. Impertinente por estructura, por estructura de lo social, que al uniformarse en torno al macho rechaza lo que porta la mujer: la verdad de la diferencia, esa es su verdad. Rechazo de lo femenino, rechazo de la diferencia.

Al Psicoanálisis no le compete esa lucha social. Y sin embargo el Psicoanálisis es una experiencia de lo femenino a partir del momento en que, en contraste con esa imposibilidad de lo social, puede escuchar lo que ahí se dice, así sea sólo para que pueda decirse; y esta experiencia explica que, por poco que un análisis se lo haya posibilitado, una persona se verá mucho menos propensa a adherir a movimientos de masa, a desconocer la diferencia en cada semejante o aún a gozar de la sumisión de sus subalternos cuando disponga de un mínimo poder que parezca autorizarla.

Y si bien no es de este siglo naciente el movimiento de las mujeres en Colombia, y si las huellas de sus palabras se encuentran profusamente y en los más diversos campos, también es cierto que el paso de “Grupo Mujer y Sociedad” a “Escuela de

Estudios de Género” señala un salto cualitativo, en el sentido de la institucionalización necesaria para dicho movimiento en el marco de lo social, sin olvidar por supuesto la importancia de su inserción en el contexto del saber universitario y en el de lo público que la particulariza.

Subrayo entonces que no es ningún azar, entendido como colcha de retazos, que la conformación de la Escuela de Psicoanálisis siga de cerca a la de Género. Y que se hayan gestado durante un tiempo y en un lugar tan cercano, eso también se explica. Consiste el asunto en compartir un piso propicio para cierta racionalidad (que ya no es únicamente la que otrora introdujera la psiquiatría al transformar lo suficiente su mirada sobre el loco y la enfermedad como para humanizarla y así permitir que, sobre esa base, el Psicoanálisis viniese a formular sus aportes sobre lo psíquico) que concierne, en este caso, a aquello que la Universidad Nacional, entendida como Universidad Pública, puede ofrecer en términos de lógica discursiva para que estas dos Escuelas se gesten.

Esta racionalidad discursiva halla su fundamento en la pertinaz insistencia de la Universidad en seguir siendo pública. Creo que hemos vivido y comprobado recientemente que perseguir algunas causas resulta inútil sencillamente porque la rueda de las cosas indica que, por ejemplo, las universidades se ven obligadas a producir para sobrevivir, lo cual las lleva a dedicar sus esfuerzos a lo que da, y a cerrar los programas inútiles e improductivos. Sin embargo, la universidad pública sigue caracterizándose

por ofrecerse espacios para el descaro, sigue tozuda en su impertinencia de permanecer abierta; pero abierta es, no de cualquier manera (porque a nadie se le ocurre ya que se trate de cerrarla totalmente, sino de forzarla hacia una cierta lógica discursiva, que reconocemos como la lógica de lo privado).

Y en tiempos en que este empuje es irrefrenable, ¿qué sentido tiene crear una Escuela que va tan en contravía? ¡Qué exabrupto! ¡Qué impertinencia! ¿A quién se le ocurrió? ¿Quién la dejó entrar? ¿Quién la dejó pasar? Y sin embargo es ahí donde parece cifrase el carácter de lo público y de su pertinencia y compromiso con lo social y la cultura.

Una vez creada la Escuela, es tarea de la Universidad, de la universidad pública, sostener y promover un discurso sobre lo inconsciente (quiero decir, un discurso consciente sobre lo inconsciente) y adelantar articulaciones al respecto. Es sobre el tejido social y con las herramientas que les son propias que debe sostenerlo.

Otra cosa es lo que se llama, seguramente, el discurso psicoanalítico. Le compete a cada psicoanalista, en el acto que es el suyo, la interpretación, hacer que ese inconsciente exista (en otro nivel, por supuesto), donde constriña la palabra de un sujeto a la articulación del deseo, el goce, el objeto, etc. Pero respecto a esa ética, ese psicoanalista necesita que en la cultura, en lo social, se hable de ello, que eso sea *conscientemente* asumido, para que el Psicoanálisis pueda llegar a existir. Con lo cual, por supuesto, me adelanto a concluir sobre un punto que no necesariamente es así. ¿Existe el Psicoanálisis en nuestro medio? es la pregunta

de Javier Jaramillo. Ya he abordado lo que serían las condiciones para su eventual existencia, pero ¿existe?

Se dice que los divanes de los psicoanalistas lacanianos se alimentan de los estudiantes de la Universidad que han entrado en contacto con las clases de Psicoanálisis. Se dice también que aún los seminarios de sus asociaciones se nutren también con esos mismos personajes. No es del todo cierto, pero lo es en buena parte. Se dice también, que en el mundo entero, y a pesar del permanente impacto del Psicoanálisis, los consultorios de los psicoanalistas están cada vez más vacíos, y pronto “ya no habrá más que psicoanalistas en el diván de los psicoanalistas” advirtió alguna vez Pontalis.

Estos tres puntos se explican por lo ya anotado: el Psicoanálisis parece necesitar de esa racionalidad y de una aceptación social del concepto de inconsciente para tener un derecho de ciudad. ¿Cuál es, entonces, el concepto de inconsciente que recorre nuestras calles? ¿Sospecha quien comete un lapsus, en algún recóndito paraje de sí, que eso le concierne, que eso apunta a algo en donde él está involucrado hasta los tuétanos? ¿Qué se estructura para una persona cuando agrega ante un error, que “se le chispoteó” o que lo dijo “sin querer queriendo” -expresiones que además no son nuestras, son mejicanas-, o que “me traicionó el subconsciente”? ¿Qué idea de inconsciente se revela en los estudiantes que, recién llegados, y luego de enfrentarse con el discurso sobre el Psicoanálisis, sueltan carcajadas en coro cada vez que un compañero que toma la palabra, o su profesor en medio de su clase, comete un lapsus? Enfrentados a lo incomprensible de lo dicho, sólo les queda la fractura, pero esta fractura, ¿los remite a su responsabilidad o a su culpa? ¿Y qué decir de los demás, del grupo social en general, respecto al cual los intelectuales son una inmensa minoría? •

El inconsciente, para ser pensado, no esperó a Freud. Por eso es necesario, para no confundirse, hablar con apellidos. Están: el inconsciente cartesiano, que correspondía al dualismo mente-cuerpo y que distinguía a su vez razón y locura; el inconsciente metafísico de la primera Psiquiatría Dinámica, ocupado por fuerzas peligrosas a las que sólo se accedería con médium; el inconsciente de Charcot, disociación de la conciencia a la que se accede por hipnosis o sugestión (es el inconsciente en Norteamérica, por ejemplo); el inconsciente hereditario, fuese colectivo o individual, formado por huellas de una etnia, raza o arquetipo; el inconsciente cerebral de los neurofisiólogos, dependiente de los cambios cerebrales que operan por fuera de la conciencia y la voluntad; el inconsciente de la filosofía alemana, donde la conciencia misma aparece determinada por un lado oscuro de la psique; el inconsciente freudiano, inconsciente que reintroduce una subjetividad y un deseo y que supone una organización; y, por qué no, el inconsciente laciano, enten-

dido como discurso, pero no del sujeto, sino del Otro, respecto al cual el sujeto no es más que el efecto evanescente de una articulación.

Para el psicoanalista, de lo que se trata es del inconsciente que, a partir de Freud, señala la condición de posibilidad de un sujeto del deseo; el de la irrupción de una sexualidad que vino para quedarse, para marcar el malestar del desencuentro entre hombres, tanto en la intimidad de la vida privada como en el imposible establecimiento de un modelo de convivencia social pacífica.

Y entonces, habría que escuchar a los psicoanalistas y preguntarles si acaso en su trabajo logran hacer existir el inconsciente, o si son muchas más las ocasiones en que el paciente se va sin que el analista haya podido hacerlo existir (asunto que señala el estatuto ético del inconsciente), y si acaso justamente puedan hallar en estos comentarios razones para su queja.

Por otra parte, se sabe que el nacimiento de la ciencia fue prerequisite para la invención del Psicoanálisis, al punto que puede decirse que es hijo de la ciencia. Nace como efecto de la obliteración del sujeto de la ciencia a favor del objeto y del método. Y en ese sentido el Psicoanálisis es la recuperación de lo que la ciencia rechaza. Intercala una palabra que sostiene como denuncia del olvido del sujeto, y señala sus efectos sobre lo social y la cultura. Pero tal vez lo que vale la pena que nos preguntemos no es tan general sino, cuál es el estatuto de este asunto para nosotros. Qué pasa con la producción de saber o, más precisamente, con la reproducción de un saber con el que no nos ligan vínculos de maestría, de creación, sino de técnica, de mera reproducción alienante. Reproducimos saberes, repetimos teorías, sin la menor esperanza ni empeño de creación. En este estado de cosas, ¿le resulta también imposible al Psicoanálisis ajustarse a la máxima freudiana "que cada quien se invente su forma de dirigir un análisis, de conducir una cura", con la cual pedía que el Psicoanálisis se recrease en cada cura y con cada psicoanalista?

¿Dispone entonces el tejido del saber social y cultural de los elementos donde el psicoanalista pueda hallar terreno fecundo para serlo, o antes que Psicoanálisis, todo no es más que psicoanalismo?

Correlativa de la formulación de los principios de la ciencia cartesiana y el empuje de la mecanización, en Occidente va perfilándose, poco a poco, lo que hoy en día conocemos como la vida privada, opuesta radicalmente a lo público. En ella el hombre encuentra una nueva organización de la subjetividad propicia al ascenso de la perversión, a su salida a la luz pública o a su confinamiento a la oscuridad de los encuentros nocturnos, los encuentros privados preconcertados, fortuitos y sin compromiso, donde el cuerpo, totalmente escindido de toda relación amorosa, se convierte en una máquina de producción de goce, sustituto único entonces de lo que sería el lazo social, el encuen-

tro y el desencuentro con el otro de la diferencia. Y es cuando eso hace escándalo, en la búsqueda de un goce bajo formas no prescritas por el grupo cultural, que deviene síntoma, pero síntoma, debe entenderse, de la actualidad de lazo social. Lo que fracasa en esa dicotomía entre lo privado y lo público en busca de una posible relación con el otro, es que lo que media es una renegación de la diferencia y por ende de lo femenino.

De nuevo aquí, el Psicoanálisis es impertinente al denunciar lo insalvable de dicha dicotomía y el precio que el sujeto paga al quedar reducido a ser ese órgano, esa tripa con la que accede a ser sólo goce falicizado. De nuevo aquí se reitera cuán pertinente resulta la impertinencia del Psicoanálisis, al venir a pedir un lugar en una universidad cuya tarea fundamental consiste en no cejar ante la pregunta por su función social y cultural de mantener abierta la discusión sobre la esencia de lo público, frente a un discurso que bien querría clausurarla a favor de esa dicotomía maniquea arriba esbozada.

El Psicoanálisis, por último, es correlativo además de una sospecha sostenida sobre la función de la familia en la trasmisión de la cultura, respecto a la cual, parece que la pregunta no es si la familia sí o si la familia no, sino (de nuevo aquí de la mano de la claridad de Roudinesco), cuáles son los modos particulares a través de los que, tal o cual grupo social, tramita la prohibición del incesto, y cómo nombra u olvida dar nombre a los vínculos de parentesco que lo hacen imposible y en ocasiones mortíferamente posible.

¿Es necesario acaso explicitar que descubro una enorme pertinencia en la manera como el Psicoanálisis se presenta siempre impertinentemente respecto al movimiento de lo social? Pertinencia que consiste entonces en reintroducir siempre la subjetividad allí donde ésta es ignorada. Tal sujeto, ¿cómo definirlo, si al definirlo se escabulle? Es el sujeto de la diferencia, de la diferencia sexual primero, y que por ello mismo nunca podremos abordar sino a través de una sostenida reflexión sobre la mujer y lo femenino. Es el sujeto del deseo también, aquel que aparece expulsado paradójicamente del extenso mercado, tan global hoy, de los más variados objetos. Deseo totalmente extraviado, como decíamos casi al principio, allí donde se esperaba que, dada la libertad asumida y realizada del individuo de hoy, hubiese sido por fin articulable para alcanzar la felicidad. Deseo que remite entonces a un goce que se escabulle cuanto más se lo persigue y a un objeto tanto más buscado cuanto más perdido.

Hemos creado una Escuela y el peso que ya ha tenido marcará mucho lo porvenir. Una Escuela, por supuesto, remite enseguida a la expresión “hacer escuela”, que no es ajena al sentido que pudo tener para Lacan la fundación de su Escuela. Es el sentido de abrir trocha y trazar caminos. Como proyecto no está

mal; como carta jugada, así haya sido carta obligada, tampoco. Se dice que sólo se elige realmente cuando la elección es forzosa.

Tal vez no nos concierna en este momento argüir nada más al respecto y sea a quienes nos escuchan que les competa devolvernos algo de lo que creemos decir. Hay sin embargo otro sentido en que querría retomar esta reflexión. Tal parece que Freud, al mantenerse al margen de la dirección de la I.P.A., opta por la figura socrática del maestro sin escuela. ¿Diríamos que ésta, en cambio sería una Escuela sin maestro? La tradición científica señala que ningún saber puede invocar el nombre de su creador como prueba de su validez, refutabilidad o valor de doctrina. Y aquellos saberes en donde esto sucede son tachados de precientíficos. El Psicoanálisis, en efecto, no prescinde de los nombres de sus forjadores, y ningún saber puede ser enunciado sin que, aún implícitamente remita a un nombre. El Psicoanálisis, sin embargo, no ve en ello ningún índice de imperfección sino el paso obligado en la constitución de su particularidad: es lo que concierne al hecho de que la verdad sólo se ha construido de esa manera, lo cual lleva un nombre, la transferencia, y que extirpar este punto a favor de no sé qué anhelo de objetividad conlleva también la obliteración de las preguntas sobre el padre, sobre el Otro y sobre dios. ¿Cuántas teorías pueden actualmente afirmar que poseen formulaciones productivas sobre la idea que el hombre se hace insoslayablemente sobre dios, sin la necesidad de partir de una renegación de su existencia y sin por ello caer en el otro extremo, el de la creencia religiosa?!

Si los maestros, entonces, los dicta la transferencia, pueden seguramente contarse con los dedos de la mano, y el eclecticismo teórico parece no tener cabida. Estos maestros son, para nuestro medio, los que ya están muertos y a los que accedemos a través de los libros ¿Por qué esa ausencia de maestros o aún de la posibilidad de leer y estudiar nuestras propias producciones? Si lo que leemos nos obliga siempre a la importación de un saber extranjero, y por lo tanto nos obliga a la traducción y la posterior acomodación de dicho saber, ¿somos entonces una escuela sin maestros pero con amos?

Y si... siguiendo la máxima freudiana ubicáramos la clínica misma en el lugar del maestro, preservándole su extraterritorialidad, ¿no lograríamos hacer que el maestro coincidiera con aquel que, en últimas, al hablar nos enseña? 